

está en la organización. Aunque apócrifo, *se non é vero é ben trovato*. A condición de que no se lea la metáfora con tintes étnicos (después de todo, valora más al mameluco que al francés, como individuos), podríamos parafrasearla para decir que el problema consiste en hacer de los valerosos mamelucos eficientes franceses a través de la organización. O, si se prefiere, conseguir que el todo sea superior a la mera suma de las partes (en numerosos casos ya sería un avance conseguir que no fuera inferior). Ése es el problema que, en varias de sus facetas (no necesariamente en todas), abordan los trabajos que forman este volumen.

La reflexión inicial de Fernández Enguita conecta la transformación de la escuela con la idea del trabajo en red puesta en circulación en la literatura ya clásica en el contexto de la sociedad informacional, contexto que él prefiere describir como una sociedad transformacional para subrayar la novedosa realidad intrageneracional del cambio social. Es esta nueva y vertiginosa presencia del cambio lo que pone en cuestión las más fundamentales rutinas de una institución de enseñanza pensada para ciclos de cambio más lento y producida en el marco de una división ya añeja entre los productores y los receptores de conocimiento. A su juicio, ha llegado el momento de la escuela-red, el momento de dejar atrás las visiones encapsuladas de una escuela cerrada en sí misma y abrirse al reto intelectual de pensar en los centros educativos como nodos de intersección de otras redes que refuerzan (o deberían reforzar) su sentido público.

Dos enseñanzas fundamentales se extraen de este primer ensayo. Por un lado, en escuelas y comunidades que ya no pueden permanecer inertes ante la presión de los constantes cambios y flujos de información, salvo que opten por el refugio del enclausamiento, el profesorado ya no puede relegar su labor al estrecho esquema modernizador de agente conservador del conocimiento heredado, sino que debe reconstruirse como agente que abre el nodo de su institución y su proyecto a la cooperación con individuos, grupos y organizaciones. Por otro lado, y análogamente, las políticas educativas deben pasar a ser esencialmente proactivas, es decir, encaminadas a potenciar la autonomía responsable de los centros, de forma que los educadores profesionales y las instituciones escolares se vean comprometidos a decidir por sí mismos de la mejor manera posible vinculando el desarrollo de su cultura profesional a la atención de las necesidades y demandas del público. El

mensaje básico de estas enseñanzas tiene especial relevancia en la elaboración concreta de los proyectos de centro; proyectos, sin embargo, que suelen expresar más bien las economías de esfuerzo del ritualismo burocrático.

Aunque la actual ofensiva neoliberal y sus programas de regulación de lo público desde la demanda constituye un elemento clave del contexto de transformación en que nos movemos, François Dubet señala en su intervención lo poco adecuado que resulta reducir a dicha ofensiva la causa de los males que aquejan a la escuela. Es algo tan limitado como lo que a menudo se esgrime contra ella: la defensa de una escuela idealizada. De lo que trata, más bien, es de saber qué tipo de escuela es posible construir más allá del canon de la socialización escolar tradicional, más allá de lo que Dubet llama «su programa institucional». En tanto que estructura estable de información, este programa está hoy día en decadencia. Los cambios de la más reciente modernidad, especialmente los relacionados con un encuentro de valores discordantes, cada vez hacen más palpable la dificultad de contar con un universo de sentido común y están poniendo de manifiesto los límites de la concepción trascendente y vertical de una producción de sentido basada en distinciones clásicas como sagrado/profano o privado/público.

Según Dubet, lo que realmente está en juego en esta transición es la propia legitimidad de la escuela en un mundo extendido en el que ya no es la única, ni siquiera quizá la principal, agencia de socialización secundaria. Dubet muestra cómo los avatares de esta crisis de legitimidad terminan proyectándose sobre la propia conciencia profesional de la docencia y su clásico modelo vocacional. Ya no basta con creer en una misión, hay que mostrar que se es eficaz en su cumplimiento. Para ello es preciso que los mecanismos propios del programa institucional de la escuela sean sustituidos por una mayor conciencia de la influencia de la organización; es preciso que la crítica exógena sea complementada con una crítica endógena y que, como resultado de ella, nos hagamos con un modelo más rico de la complejidad que encierra la vida propia de los centros educativos. Dicho de otra forma, las escuelas no son sólo víctimas de su entorno externo. No sólo porque, como señala Enguita, es excesivamente estrecho de miras el ver en el contexto sólo un pozo de problemas, sino también porque la actuación de las escuelas depende igualmente del calado de su fuero interno.